

Juan Bonilla

Totalidad sexual
del cosmos





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan Bonilla

Totalidad sexual del cosmos

© Juan Bonilla, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3490-3

Depósito legal: B. 5.965-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

UN PASILLO LLENO DE FUSILES

Ahora es una niña de ocho años.

Tiene los ojos grandes, de un verde felino, el pelo es una hoguera. Es como si lo fuera iluminando todo a su paso, como si el mundo se encendiese al calor de su mirada. Se llama Carmen pero no se reconoce en el sonido de su nombre. A veces se lo repite tantas veces que llega un momento en que es como si pudiese oír la respiración del universo, un gigante dormido en una casa muy pequeña. Le aprieta el infinito entre las sienes. Y más abajo, en las entrañas. Y más abajo aún.

Hay un pasillo lleno de fusiles entre su dormitorio y el despacho de papá. Papá está inventando un arma

que va a hacer caducar al máuser, el doble de disparos con la mitad de movimientos. Le pondrá su apellido y todos los muertos de todas las guerras habrán caído por el apellido de papá, por su apellido.

Papá le explica cómo funciona su arma con una maqueta que se ha fabricado. Desmontar el arma, un movimiento, cargarla de pólvora, dos, montar el arma, tres, llevársela al hombro y apuntar, cuatro, colocar el dedo en el gatillo y dejarlo pulsado hasta que salgan los diez misiles del cartucho, cinco. Diez muertes con un dedo. Va a llenar de cadáveres los campos de batalla de Europa. Porque habrá una guerra, eso lo sabe todo el mundo; papá también lo sabe, y sabe que si hay una guerra se hará rico.

Algunas noches la niña se despierta, camina descalza por el pasillo hacia la luz amarilla que alumbra el despacho de papá. Se detiene ante alguno de los prototipos de fusiles que descansan apoyados en la pared. Pasa un dedo por el cañón y en la boca del arma imagina los soldados que de algún modo están ya allí muriéndose por la gran invención de su papá.

Su papá tiene un bigote muy poblado, es alto y nervioso, delgado, pálido. Tiene unos ojos negros muy grandes, subrayados por unas hondas ojeras. Pero la dulzura de su mirada contrasta con una voz bronca, cavernosa, temible.

Cuando vivían en México, hace unos años, a veces

paseaba de la mano con su papá. Recorrían los bulevares de Tacubaya y no le extrañaba que muchas mujeres coqueteasen con él, insinuaciones que quedaban suspendidas en el aire como plumas de ave exótica: la niña las veía flotar entre las sonrisas de su papá y de la mujer con la que estuviera intercambiando saludos, insinuaciones, coqueterías. Y más tarde le molestaba mucho irse a la cama sin que papá hubiera regresado y se lo imaginaba en fiestas interminables con aquellas mujeres a las que les gustaba su voz bronca y su mirada dulce y su cuerpo delgado. Pero luego se sentía importante cuando caminaba de la mano de su papá por los bulevares, envidiada por tantas mujeres que no podían hacer nada para tener a su papá mientras ella lo llevaba de la mano.

En cuanto a mamá, mejor no decir nada. No sabe por qué la odia. No odia a ninguno de sus hermanos pero a ella sí, todo el día riñéndola por todo: Carmen, eres una niña insoportable; Carmen, vete a tu cuarto; Carmen, te vamos a dejar interna hasta que aprendas.

Ahora viven en Neuilly, París, lejos de aquellas mujeres. El Gobierno de México comisionó a su papá para que mejorase su prototipo y fabricase su fusil y su papá cargó con toda su familia, un barco se deslizó por el mar y mamá pareció mejorar de sus ataques de ira. Papá tiene muchas reuniones de trabajo. No lo ve más que un rato cada día, cuando empieza a hacerse

de noche y papá vuelve de sus negocios, de hablar con ingenieros y militares, de hacer pruebas para perfeccionar el arma con la que van a hacerse millonarios en cuanto haya guerra, que tiene que estar al caer. Pero antes de meterse en su despacho a seguir trabajando en su fusil, a seguir llenando de números muy grandes los márgenes de los papeles donde sin cansarse nunca dibuja armas, fusiles y cañones, papá se sienta un rato en la sala de estar y ella corre a montárselo en las piernas, porque es su cabalgadura. La niña cuida de que la tela de su falda escolar vuele para que nada se interponga entre su carne y el pantalón de papá. Mamá se da siempre cuenta de eso y la riñe a veces si se pone muy violenta cabalgándolo, y entonces le llama la atención y la obliga a que se ponga unos pantalones cuyas costuras le hacen daño cuando cabalga las piernas de papá, unos pantalones que odia y que le han hecho jurarse que en cuanto pueda librarse de las órdenes de mamá no se pondrá pantalones nunca más en la vida.

2

SED DE TODO LO QUE ES BELLO

Ahora tiene diez años y han vuelto a México, han ascendido a papá a General y a ella la han internado en la Escuela de Santa María para que no pierda el francés, o eso es lo que les dicen a las visitas: ella sabe muy bien que su mamá no la soporta, que no la quiere ver por casa ni permitirle la libertad de ir y venir a diario a ningún colegio donde no la tengan bien sujeta. No quiere por nada del mundo que siga cabalgando en las piernas de su papá ni que su papá la mime y le diga cosas como «los ojos más bonitos del mundo, ¿de dónde has salido tú?».

La niña se lo pregunta a menudo cuando se contempla en el espejo y siente que el infinito le aprieta: ¿de dónde he salido?

En la escuela, algunas noches, mientras sus compañeras de cuarto ya duermen, ella se dedica a escribirle cartas a su profesora favorita, la profesora de Gramática, la madre Crescence, que le ha descubierto a Lamartine, en cuyas historias se pierde y aprende cómo hacer que el tiempo se vuelva flexible, ya no es un monstruo de respiración ronca y amenazante, sino un cachorro que está a sus órdenes.

En una de las cartas a Crescence la niña dice que se siente un ser incomprendido que se va ahogando en un volcán de pasiones, de ideas, de sensaciones, de pensamientos, de creaciones que rebosan su seno, que son más grandes que ella, que se derraman a cada paso que da y por eso está destinada a morir de amor, un único amor para el que ella debe ser la vestal más fiel en el templo del amor, un único amor para el que ella fue creada. Le dice que no es feliz porque la vida no ha sido confeccionada para una criatura como ella, porque ella es una llama que se devora a sí misma y que sin embargo nunca se extingue, no puede extinguirse, porque es la llama que ilumina el mundo. Le dice que detesta el destino que le han impuesto y contra el que se rebela: el destino ya escrito de tener que ser esclava de un marido después de haber sido esclava de un padre, sin derecho a disfrutar de los placeres que el mundo ofrece y tan a la mano están.

También le habla de un volcán apagado en cuyo interior hay miles de mujeres esclavas de los hombres.

Y vaticina que un día todas esas mujeres juntas se transformarán en fuego santo y el volcán entrará en erupción y un río de mujeres de piedra incandescente inventará un camino incendiándolo todo a su paso.

«El menosprecio de los hombres es el mayor beneficio que las mujeres podemos obtener de ellos», le escribe, y también: «Amar el placer es sentir la necesidad de la propia carne amando a la humanidad, es hacerse humano, pero amar a un ser dándose un poco es probar la inferioridad de creer en la inconsistencia de los humanos».

A la madre Crescence la impresionan tanto la presencia de Carmen, esos ojos verdes que casi queman, ese cabello de seda rubia que es fuego bajo el sol y linterna cuando cae la tarde, y la impresionan aquellas cartas que le cuele por debajo de la puerta, siente que el día no se ha completado si su alumna de diez años no echa por debajo de la puerta una de sus cartas, y cuando las recibe las lee primero de pie, buscando en sus renglones no sabe muy bien qué, una explosión confesional, un futuro que se derrite, la erección de alguien vivo en un mundo muerto. Aunque sólo las contesta con pequeñas correcciones gramaticales y leves recomendaciones literarias, sin comentar ninguna de las ardientes confesiones expresadas en ellas, tiene la sensación de que aquellas cartas elocuentes guardan algo tan misterioso como la formación de un

alma, una especie de milagro geológico que con lentos movimientos abruptos está elevando en el aire un raro milagro hecho de sufrimiento, vacío y ansia. A veces tiene la sensación de que la niña Carmen ve lo que los demás no saben ver, oye voces que están sepultadas en el aire y a las que da vida después de reformularlas en sus adentros. A veces alcanza a angustiarse porque la protagonista de casi todo lo que escribe es la muerte, una muerte de la que parece estar enamorada. Le fascina la intuición brillante que expresa en algunas de las cartas y la conciencia de poseer una inteligencia que es su principal enemiga: «Como un vaso conteniendo un gas que se agranda y aumenta de volumen hasta quedar oprimido contra las paredes que lo guardan, así siento que mi inteligencia crece cada día, a cada instante, a cada segundo, pero pronto se siente oprimida bajo una fuerza que es la existencia de mi ser; sin embargo se siente superior a esta fuerza que debe despreciar y es en realidad más poderosa que el universo, más grande que el infinito, pero comprendo perfectamente que está prisionera e impotentemente encadenada a una existencia miserable y por eso sólo la muerte la puede librar del yugo al que está sujeta. Nuestro espíritu vuela siempre hacia el ser que nos comprende, su espíritu siente las mismas impresiones, sufre las mismas confusiones, vive de las mismas notas divinas que nuestra inteli-

gencia produce. Y una voz interior no se cansa de repetirme: mueres porque tu espíritu es demasiado grande y la Tierra y el Universo no pueden contenerlo. Mueres porque el infinito no puede contener lo que posees, la intensidad de tu pensamiento, y te desencadenas del cuerpo que te oprime y vuelas hacia lo que es más grande, el éter». La impresiona esa exaltación de sí misma. En otra de sus cartas: «Mi niñez, mi espíritu adormecido despierta con la brillante luz del día a la fascinante y deliciosa naturaleza. Tengo sed de todo lo que es bello y grande y cautivador. Un ardor extremo, una ilusión loca de juventud y de vida: quiero hacer vibrar mi cuerpo y mi espíritu hasta arrancarles todos sus sonidos».

Durante años la madre Crescence guardará esas cartas, escritas con cuidada caligrafía, todas las letras en mayúscula, bien alineadas, como si estuvieran talladas en piedra en vez de deslizadas por un papel.